

Jesús Núñez: Una exposición diferente

Por ALFREDO ERÍAS

El «betanceiro» Jesús Núñez viene exponiendo desde el 12 de marzo y hasta el 2 de abril una serie de óleos en la Galería de Arte Cutro de La Coruña. La gran significación de esta muestra exige conocer, siquiera sea, un poco, la trayectoria de este artista. Sus inicios están en el dibujo y posteriormente en el grabado. Como grabador, faceta que le define, se inició en la Escuela Superior de Bellas Artes de Madrid, pasando más tarde a la Escuela Nacional de Artes Gráficas (1952). Mediante un intercambio cultural que le permitió trasladarse a Alemania, entró más de lleno en el mundo del grabado, al poder estudiar en la Escuela de Bellas Artes de Berlín en donde consigue una beca (1953) para ampliar estudios. Allí fue cuando, en contacto cotidiano con las formas arquitectónicas descompuestas debidas a la destrucción de la guerra, se produjo en él un tipo de expresión artística que bien podría calificarse de formal - constructivista. En 1954, estudia fugazmente en la Escuela de Bellas Artes de París y una vez en España se decantan definitivamente en él las vivencias del Berlín destruido que de un modo ya firme le conducen a un concepto estructural del Arte.

Al tiempo que expone por primera vez en La Coruña (1954), se traslada a vivir a Madrid y, sin abandonar el grabado, comienza sus primeras experiencias en el diseño, principalmente en el textil. Realiza nuevas experiencias en la aplicación de distintos materiales al campo del tapiz y lo mismo en lo que se refiere a elementos ornamentales para la arquitectura, la industria, la joyería, etc. Salvo en una corta experiencia de tipo informalista (1963), la trayectoria de Jesús Núñez se caracteriza por aunar en sus obras dos elementos antitéticos: de una parte, nos presenta un mundo racional a base de formas y construcciones lógicas y de otra un mundo irracional, o mejor diríamos onírico, que se manifiesta libremente, a través de la trilogía color - espacio - luz. La evolución de esta dialéctica expresa la propia del autor en relación con el mundo que le rodea. La forma va pasando de ser una desorganización organizada, derivada del Berlín arrasado por la Segunda Guerra Mundial, a una presentación del paisaje de la gran ciudad. Porque la gran ciudad, y todo lo que significa de desarrollo y amenaza, es una constante de la obra de Núñez.

Lo sorprendente es que esta interrelación tan acusada entre forma y espacio es nueva, supone un paso más en la dialéctica y aunque sólo se ve en algunos cuadros, puede ser presagio de algo que el autor siente: cuando la forma inicia su desintegración, cuando la atmósfera se materializa y sus colores se agrisan cada vez más... es que se presiente un cambio profundo, quizás la muerte de una civilización, esa que construyó los rascacielos amenazantes, la que cubrió de negro el sol con el humo del progreso.